

Documento de Tiscamanita

Vicente Manzano Arrondo – 2008

Previo

La charla de hoy trata sobre algo de lo que ya observo que sois gente experta: poder, acciones, esperanza, lucha en comunidad y para la comunidad, construcción codo con codo. Es el corazón de lo que se está conociendo como empoderamiento. Al finalizar espero haberme explicado con claridad a la hora de apostar por una afirmación: *la justicia social sólo es posible en lo que llamo la Sociedad de Potentes*. Para llegar a ese momento es necesario aclarar los conceptos implicados en el título de la charla y entrar en otros que considero fundamentales: como las oportunidades, las capacidades, la libertad o el poder, principalmente lo que voy a presentar como poder-hacer autónomo y relevante, una expresión que suena a rebuscada y extensa pero que espero cargar de sentido.

Para entrar en el significado del concepto *empoderamiento* pensemos en recursos comunitarios. Un recurso es un colegio, un centro de salud, una calle, una plaza, un servicio público, es cualquier elemento material o funcional que permite hacer algo, obtener beneficios de algún tipo, satisfacer algún tipo de necesidad. Los recursos orientados

a la comunidad (como los ejemplos mencionados) suelen estar diseñados, decididos, realizados y gestionados por agentes que no pertenecen a la comunidad, como ocurre con empresas privadas o representantes políticos. El empoderamiento es el proceso mediante el cual los miembros de la comunidad acceden al control de esos recursos, llegan a ser quienes deciden qué hacer con ellos, incluso a diseñarlos y establecer los criterios de su gestión. Es importante señalar que el empoderamiento se refiere a la comunidad y por tanto se construye mediante el trabajo en grupo.

El empoderamiento constituye un concepto útil para abordar la construcción de poder, si bien me parece limitada, por lo que yo prefiero hablar de poder directamente, de un tipo y de una perspectiva concreta que nos llevará a la definición de esa Sociedad de Potentes a la que estoy ya haciendo referencia. Abordemos ahora la segunda parte del título: justicia social.

La aspiración de justicia está muy extendida. Todas las personas tenemos el sentido de justicia más o menos desarrollado y más o menos presente. Eso no significa que le hagamos el mismo caso ni que

¹La conferencia tiene lugar con motivo de la invitación del Aula *Crisis Económica y Lucha contra la Pobreza* que organiza la Fundación Manuel Velázquez Cabrera de Tiscamanita (Fuerteventura, Islas Canarias), el 4 de noviembre de 2008. Un contenido similar ocupó la conferencia que impartí en el Centro *Raíz del Pueblo* en La Oliva (Fuerteventura) el 3 de noviembre y en la Escuela de Magisterio de la Universidad de La Laguna en Tenerife (Islas Canarias) el 5 de noviembre.

pensemos del mismo modo sobre ello. Desde hace ya mucho tiempo y perfectamente instalado en el imaginario colectivo, impera un modelo concreto de justicia social que se denomina *Igualdad de Oportunidades*.

La igualdad de oportunidades puede definirse como la situación donde todas las personas tienen las mismas oportunidades para acceder a los mismos recursos, para hacer cosas concretas. Es un modelo muy atractivo y que goza de una amplia aceptación. No obstante confieso que comparto muy poco esta perspectiva, por varias razones:

1. Es suficientemente incompleta como para dejar fuera aspectos de justicia fundamentales. Lo veremos en breve.
2. Facilita la sensación de que estamos generando justicia a pesar de generar daño en su nombre.
3. Tranquiliza la conciencia de quienes la defienden, sin que ello se traduzca en un mundo más justo.

Para concretar más estas afirmaciones, entremos ya en el concepto fundamental de esta charla: el poder. Configurándolo entenderemos mejor por qué propongo superar el modelo de la igualdad de oportunidades.

Poder

Imagina un conjunto de anhelos, deseos o necesidades en lo alto de una colina. Pon una imagen para cada uno. Si deseo tener un hijo, por ejemplo, me imagino a un niño sentado sobre la hierba. Junto a él se encuentra la nevera metalizada con la que sueño, una maleta llena de pulseras, un plato de patatas fritas con salsa de tomate, etc. Para alcanzar esos anhelos bastaría con subir la colina y acceder a ellos. Pero no es posible. Todo cuanto deseo se encuentra tras un grueso muro que rodea la colina. Se trata de una pared suficientemente ancha y alta como para abandonar toda esperanza de pasar sobre ella. Tenemos un serio problema.

Pero no hay que preocuparse en exceso. La pared tiene una puerta. La puerta es una metáfora también, como lo es la colina. La puerta es una *oportunidad*. Gracias a ella esperamos llegar a nuestros anhelos. Es más, ya que estamos imaginando, hagamos las cosas más fáciles o viables: pongamos más puertas. Una gestión social o política basada en oportunidades dedicará una parte importante de su esfuerzo en poner más puertas en el muro. Más puertas son más oportunidades. Es más, la igualdad de oportunidades establece que las puertas han de estar al alcance de todo el mundo, al mismo alcance. Por eso hay tantas puertas, porque no todo el mundo está en la misma posición junto al muro. Si hay cinco barrios alrededor, por ejemplo, todos cuentan con el mismo número de puertas para pasar el muro o una puerta por cada cantidad prefijada de habitantes (por ejemplo, una puerta por cada cien vecinos del barrio).

No parece que esto sea malo. Así que te acercas a la puerta que tienes más cerca y la abres. Bueno, no ocurre exactamente así. Aunque lo intentas, la puerta permanece cerrada. Se nos olvidó un detalle importante: no tienes llaves. Esto sí que es un problema. Si no hay llaves que abran las puertas, éstas nos sobran, todas sin excepción.

En un derroche de imaginación podemos inventar mil llaves. Así que te diriges hacia la puerta de nuevo y pruebas una llave. No funciona. Pruebas otra. Tampoco. Así hasta agotar las mil que están en tu poder. El muro cuenta con mil puertas. Tú posees mil llaves. Pero no hay coincidencias. Así que *no puedes* abrir ninguna puerta.

Vamos a ir traduciendo la metáfora. Si las puertas son las oportunidades, las llaves son las capacidades. No importa cuántas oportunidades me rodeen, rodeen a mi comunidad o campeen por mi región. Si yo no poseo las capacidades correspondientes, no podré aprovechar esas oportunidades. Veámoslo a la inversa: no importa cuántas capacidades me caractericen y me acompañen en el camino

de la vida. Si no existen oportunidades apropiadas, adecuadas a ellas, es como si careciera de todas.

Cuando *puedo* abrir una puerta es porque ésta existe y porque tengo la llave correspondiente. Es decir,

el poder es la combinación relevante de oportunidad y capacidad

Aventuremos ya una propuesta ambiciosa: la justicia social no es igualdad de oportunidades ni igualdad de capacidades, sino igualdad de poder. Cualquier otra pretensión es inevitablemente incompleta.

Poderes

Presentar el poder como la combinación pertinente de oportunidad y capacidad no es lo habitual. Por lo general, hablamos de *El Poder* como algo temible o ambicionable. El poder, con el artículo determinado previo, como sustantivo, es un concepto basado en el desequilibrio. Ese concepto mantiene que hay quien tiene, posee, ejerce, acapara el poder y quienes se ven sometidos, sujetos y controlados por él. El mundo se divide entonces en dos grupos irreconciliables: la minoría de poder y la mayoría desposeída, el líder y la masa, el pastor y el rebaño. Es una visión que consigue explicar muchas cosas y que, todavía con mayor contundencia, permite que las cosas sigan siendo así.

Holloway (2002) se refiere a ese concepto como *poder-sobre*, mientras que lo opone al *poder-hacer*. El poder-hacer es verbo, es el poder de hacer efectivamente cosas, como tomar un vaso de agua, ir en bicicleta, votar en las elecciones o vivir bajo un techo. De lo que estamos hablando aquí mediante oportunidades y capacidades es precisamente de poder-hacer.

El poder-sobre es un tipo de poder-hacer que se ejerce sobre los demás (Álvarez y Svejenova, 2003), es el poder de hacer que otras

personas sientan, piensen o, mejor aún, hagan cosas concretas y determinadas.

De *El Poder* como sustantivo, como poder-sobre, se ha hablado y escrito mucho. Se habla, por ejemplo, del poder político, de los medios, del dinero, de los magnates, de la persuasión... No hay que desestimarlo. Pero es importante dejar impresas varias sentencias al respecto:

1. Centrar los esfuerzos en el estudio de El Poder malgasta energías que necesitamos para frentes más necesarios como la construcción de poder-hacer.
2. El poder-hacer se construye, se crea. Ocurre cuando las personas en comunidad crean nuevas oportunidades, pertinentes a sus capacidades; o cuando se capacitan para aprovechar las oportunidades que ya existen; o cuando trabajan en ambos frentes. En cualquier caso aparecen más unidades de poder.
3. El poder-sobre parte de un modelo de cantidad constante. No se crea, sino que se nutre del poder-hacer. Existe gente especialmente poderosa (como sustantivo) porque hay personas que les otorgan su poder, que entregan su poder-hacer y ayudan a aglutinarlo en pocas manos. Luego, la lucha por El Poder es la puesta en marcha de un objetivo: coleccionar unidades de poder, restándoselas a otros.
4. Ambos son incompatibles. El poder-sobre se alimenta de la desposesión del resto. El poder-hacer crece y se nutre de sí mismo, pero su crecimiento hace mas obsoleto al otro y le resta su fuente de alimentación, amenazando su existencia.

No entraré aquí en las diferentes aproximaciones al poder, como la visión del contrato, el poder difuso y otras perspectivas. Vamos a centrarnos en lo que nos convoca hoy: el poder-hacer y la construcción de la justicia social mediante el advenimiento de la Sociedad de Potentes.

Antes, una última puntualización: no interesa cualquier poder-hacer. Vamos a distinguir los poderes relevantes en el siguiente punto. Ahora es importante señalar que el poder-hacer que nos interesa es el que llamamos *autónomo*. En las sentencias anteriores he afirmado que el poder como sustantivo se alimenta del poder-hacer de los demás. Luego, no basta con construir éste, ya que puede terminar engrosando la envergadura del otro. Cuando ocurre esto hablamos de *poder-hacer obediente*. Hoy es una moda. Se consigue fácilmente mediante la persuasión. Ciertamente no ha pasado el tiempo en que se utilizaba la fuerza para controlar el comportamiento de las personas, sea por coerción o por coacción. Pero la moda más visible es la persuasión: el arte y, más aún, la ciencia de procurar que las personas decidan libre y voluntariamente comportarse del modo en que se desea (Cavazza, 1999). La persuasión, cada vez más sofisticada y eficaz, se encuentra detrás de muchas de nuestras necesidades, sentimientos, pensamientos y actos visibles cotidianos. Pensemos, por ejemplo, por qué tomé la decisión de comprar esos pantalones, de esa marca, en ese sitio y en aquella ocasión. Por qué voté a ese partido. Por qué he tomado las decisiones que tomé hoy desde que amaneció. Un sincero proceso de interrogación en estos términos puede señalar muchas decisiones que realmente han sido diseñadas fuera de mi piel y que se hicieron realidad sin que nadie me haya obligado o forzado a ello.

Así pues, la materia prima sobre la que se asienta la definición de la Sociedad de Potentes es el poder-hacer autónomo, no el obediente.

Poder relevante

He afirmado que no hay justicia social sin Sociedad de Potentes, es más, que ésta es la materialización del estado perfecto de aquélla. Y he llegado a afirmar que lo que define ese estado es la igualdad de poder. Ya sabemos que hablo de igualdad de poder-hacer autónomo. ¿Es suficiente? No, por supuesto.

De forma autónoma puedo decidir que quiero una bicicleta plateada. ¿Significa esto que todos los habitantes del planeta hemos de estar igualados en el poder de poseer una bicicleta plateada? ¿Hemos también de poseer con igualdad la capacidad de rascar la oreja izquierda con la mano izquierda? ¿Y la de escupir cinco veces en un segundo? También tengo poder para suicidarme. Tal vez, incluso, decida hacerlo. Matar, ya que estamos en ello, es muy fácil. Todo el mundo tiene poder para matar a otra persona. Lo que no existe es igualdad en los procedimientos que se encuentran a nuestro alcance. Podemos plantearnos, entonces, igualdad del poder de todas las personas para matar a otras sin dejar huella, o igualdad en el poder de exterminar el planeta de forma efectiva, de apretar el famoso botón para provocar el inicio de una guerra mundial... Hay poderes que es mejor que no existan y que si existieran sería mejor que nadie tuviera la voluntad de ejercerlos ¿No es cierto? Dejando a un lado consideraciones morales, pensemos en limitaciones geográficas o climatológicas, por ejemplo. ¿Hay que construir pistas de esquí con nieve artificial para que los habitantes de Sudán accedan al mismo poder que los que viven en Suecia para practicar el esquí? ¿Tal vez hacer realidad grandes torres de focos impresionantes que emulen las condiciones solares de Jamaica para que los habitantes del Sur de Siberia puedan ponerse morenos en playas similares a las del Caribe?

Si la Sociedad de Potentes se definiera como la sociedad donde todas las personas tienen exactamente los mismos poderes, entonces estaría naciendo la idea al mismo tiempo que mueren sus posibilidades de aplicación práctica. Esto no llega al rango de utopía. Es un sinsentido. Ni siquiera todas las personas desearían tener los mismos poderes. Por fortuna la diversidad existe y construye un mundo con posibilidades de futuro, circunstancia inviable a partir de la uniformidad.

La materia prima de la Sociedad de Potentes es el poder-hacer autónomo *relevante*. Unos poderes son más importantes que otros. No tiene la misma trascendencia el poder de sonarse la nariz con un pañuelo de seda que el poder de acceder a un plato de comida e

ingerir su contenido. El segundo es básico para la subsistencia mientras que el primero no. La definición de los poderes relevantes es algo que supera con mucho la intención de esta charla y que debe construirse mediante la discusión en comunidad. Pero aventuraré algunos principios generales.

Considero que uno de ellos es el poder relevante por excelencia: *el poder de diseñar y llevar a efecto el propio proyecto de vida*. En ello se incluye todo lo anterior: lo diseña la persona desde su autonomía, no sujeta a los efectos de la persuasión y como resultado de un proceso de construcción de poder.

Otro aspecto a destacar aquí es que existen poderes llave, poderes que constituyen herramientas fundamentales para caminar por la vida y para hacerlo construyendo poder autónomo. Mencionaré dos de ellos: el trabajo en comunidad y el conocimiento (mejor sería aún, la sabiduría). Imaginemos una sociedad de igualdad de poder donde todos sus miembros fueran profundamente ignorantes. El resultado sería una catástrofe. No basta con poder para diseñar y construir mi propio proyecto de vida. Es imprescindible saber qué es lo que más me conviene. Necesito conocimiento sobre qué implicaciones tiene para mí y para los demás ese proyecto. Necesito navegar en un océano de posibilidades inteligentes que mi conocimiento o sabiduría considera para tomar decisiones poderosas. Esa misma sabiduría es la que me permite observar con absoluta evidencia que “mi propio proyecto” es una unidad inserta en una comunidad donde reside mi fuerza. Construyo mi poder junto con los demás. Mi proyecto no sólo debe ser compatible con los proyectos del resto, sino que se construyen conjuntamente, conscientes de que mi libertad está en juego. Ya volveremos sobre ello un poco más adelante.

Además de la sabiduría, el otro poder relevante que estoy destacando es el del trabajo conjunto en la comunidad, al que no dejo de hacer mención. Es una ilusión mantener que sólo yo soy el responsable tanto de mis éxitos como de mis fracasos y que sólo en mí reside mi destino

como residía mi pasado. Las personas somos construcciones sociales. Sólo si admitimos esto somos capaces de construir poder-hacer autónomo y relevante. Asumir que somos porque compartimos no es anularnos. La identidad es un concepto complejo que incluye tanto las similitudes como las diferencias, que considera tanto lo que somos gracias a los demás, como lo que aportamos y cómo nos diferenciamos. Sin dejar de ser individuos diferenciados, la sabiduría nos lleva a asumir que nuestra máxima cota de poder se alcanza mediante el trabajo comunitario, al mismo tiempo que se crea poder generalizado. Eso, como veremos, es libertad.

Poder y libertad

Si no puedo, no soy libre.

Desde esos mismos centros de diseño de necesidades y anhelos, basados en la persuasión, vamos asumiendo que la libertad consiste en la capacidad para escoger entre alternativas. Por supuesto que no es esto. O, mejor, el concepto no es más que una palabra a la que colgamos un significado. Si aceptamos esa versión para el término *libertad*, entonces estamos asumiendo una forma de estar en el mundo que, a mi parecer, es autoesclavizante. Libertad es mucho más. No consiste en escoger entre alternativas como se escoge entre diferentes aromas para el yogurt. La libertad es CREAR las alternativas. Libre es quien decide inventando las opciones y no únicamente tomando las que existen.

Un paso más: libertad es poder y poder es libertad. Hablo del mismo concepto apuntado por términos diferentes. Sólo soy libre de volar si puedo hacerlo. Sólo soy libre de comer si puedo comer. El resto no existe. Por lo tanto, la construcción de poder es la creación de libertad.

Detengámonos un poco más en esto a la luz de los puntos anteriores. Ahora que sabemos que el poder-hacer autónomo relevante es la materia prima de la justicia social en su versión de Sociedad de

Potentes, ahora que sabemos que la construcción de ese poder se hace mediante conocimiento y trabajo comunitarios, ahora entonces ¿qué hacemos con la libertad?

La venta fundamental hoy en la versión de libertad como capacidad de escoger entre alternativas presentes es realmente una tapadera que esconde la autoesclavitud. Se centra en una versión que considera únicamente al individuo. Éste debe caminar por la vida con un celo patológico por la intocabilidad de su libertad. Nozick (1988) es uno de los ideólogos más efusivos en este campo. Para él, igual que para los mayores defensores del neoliberalismo, no hay mayor atentado imaginable que la restricción de la libertad individual con la excusa del beneficio colectivo. Sin embargo, esa visión llevada literalmente a efecto, tiene como consecuencia la disminución progresiva de poder-hacer y, por tanto, de libertad. Así que un interés patológico por esa versión restrictiva de libertad individual, se autodestruye.

Muy al contrario, lo que estoy defendiendo aquí es que la creación de libertad requiere cesión de libertad. No es una paradoja. Un teórico del mercado podrá asumirlo perfectamente si piensa en términos monetarios: limitarse ahora de gastar dinero, *poniéndolo a trabajar*, es un buen procedimiento para crear más dinero. Quien lo dilapida rápidamente se queda sin nada. El ejemplo tiene sus limitaciones, pero sirve como lo que es, un ejemplo.

Cuando trabajo con los miembros de mi comunidad para crear oportunidades acordes a nuestras capacidades, cuando trabajamos para aumentar nuestras capacidades al hilo de las oportunidades existentes, o cuando trabajamos al mismo tiempo en ambos frentes, estamos creando poder, cada vez más poder. Más poder es más libertad. Ese trabajo conjunto permite a cada una de las personas de la comunidad acceder a más anhelos. Somos cada vez personas más poderosas para hacer más cosas. Luego, más libres. Pero el trabajo conjunto, lo sabemos por experiencia propia, requiere restricciones de libertad individual a corto plazo. Cuando varias personas comparten

espacio y tiempo, y aún más cuando comparten objetivos, se requiere una organización, un compromiso, una asunción de pasos compartidos que se traduce en ciertas dosis de autolimitación, de autodisciplina, de restricción voluntaria en el presente para gozar de mayor poder y libertad futura. Aquí añadiría, al hilo de las abundantes investigaciones que se realizan sobre el tema (por ejemplo, Blanco y Díaz, 2005) que el trabajo conjunto es, por encima de muchas cosas, un fuente de bienestar, algo así como satisfacción, placer y sentido. No es justo concebirlo como una privación presente encaminada a un rendimiento futuro. Es, para adecuarme mucho mejor a la realidad, un placer hoy que multiplica la satisfacción con la vida y el sentido de la existencia de mañana.

Yo no me conformo con esa versión individualista y restrictiva que impera en estos momentos. Reivindico más poder, más libertad, más sentido, más placer y todo ello pasa por el codo a codo con la gente que construimos comunidad.

Estándares sociales

Un frente habitual de lucha de diversos movimientos y colectivos es la discapacidad. El nombre ya es en sí un acontecimiento cruel. El enfoque viene a ser el siguiente: hay personas, individuos, que llevan consigo limitaciones, son gente incompleta, les faltan capacidades, en el continuo que va desde la piedra a la persona, se han quedado en el camino.

La discapacidad es un buen ejemplo de cómo funcionan los estándares sociales a la luz de nuestra discusión sobre poder. La discapacidad no habita en los individuos sino que es una etiqueta que se coloca en *una relación*. Con el vocabulario que estamos manejando en estos momentos, la discapacidad se refiere a un déficit de poder. Las personas que se catalogan como discapacitadas no pueden hacer determinadas cosas, no tanto porque carezcan de capacidades como

porque la gestión social se establece teniendo como criterio determinadas oportunidades.

Podemos verlo con un pequeño ejercicio de imaginación. Pensemos por un momento que hemos nacido en una sociedad de gente alada. Las personas están provistas de alas. Pero yo no. Yo carezco de ellas. En esa sociedad yo sería un discapacitado. Es importante señalar que yo no he cambiado, sigo siendo el mismo. Pero al cambiar el contexto, de repente paso a ser una de las personas etiquetadas como incompletas. Ocurre algo que carece de sentido lógico: al cambiar el contexto, aunque yo permanezco exactamente igual, paso a poseer en mí una carencia, una deficiencia que me define como persona. Llevo en mí la característica identitaria de la discapacidad. Al cambiar el contexto, soy yo el que lleva consigo el problema.

En esa sociedad, las calles serían difícilmente transitables. El acceso a los edificios se haría por los techos. Todo el diseño de las ciudades y del aprovechamiento individual y comunitario de los recursos se llevaría a cabo pensando en moverse mediante el uso de las alas. Los estándares de belleza, la ropa, la moda, la selección de personal, las relaciones de pareja, las experiencias escolares, el ocio, los estilos de vida, las interacciones sociales... todo queda bañado por la existencia de las alas, de tal forma que mi vida es una *casivida*, notablemente disminuida.

En los términos que estoy utilizando, esa sociedad de alados diseña y pone en marcha las oportunidades que sólo están al alcance de las personas que cuentan con la capacidad de moverse volando con sus propias alas. A esto es a lo que me refiero cuando hablo de *estándares sociales*. Son los modelos de generación de oportunidades que se elaboran considerando unas capacidades sí y el resto no. Los estándares son fábricas de desigualdad. Construyen poder para unos y lo impiden o dificultad para los demás. Hoy, los estándares sociales se nutren de criterios como la excelencia (el triunfo para los "mejores", definiendo este atributo de una forma muy exclusiva bajo criterios

indiscutidos) o los que distribuye el mercado (como la capacidad de tener dinero). Ser conscientes de la existencia de los estándares sociales y plantearse su destrucción o el establecimiento de estándares altamente inclusivos es una tarea imprescindible para el advenimiento de la Sociedad de Potentes.

¿Qué se puede hacer?

La pregunta es siempre la misma. Vemos un mundo que no funciona bien, muchas injusticias, mucho poder en pocas manos, mucho trabajo por hacer, mucha experiencia en el camino y ... pocos resultados si es que se vislumbra alguno. Nos sentimos poca gente, siempre la misma. *El resto*, ese cúmulo de personas que no se mueven, que asienten, que sustentan con su comportamiento cotidiano este sistema, es un resto inmenso, una masa de inercia imposible de cambiar. En ese caldo tan poco alagüeño ¿qué se puede hacer?

El párrafo anterior está lleno de imprecisiones y sesgos. Para responder a esa pregunta hay que aclarar antes algunas expresiones y algunos términos que construyen el párrafo. No es cierto lo que contiene y aún así es lo que pensamos habitualmente. Para ordenar la exposición, es importante desbaratar tres cuestiones que inmovilizan y deprimen: la inacción, el número y la eficacia.

Inacción

En primer lugar, la pregunta nace desde una perspectiva errónea. Parece que no estamos haciendo nada y que, por lo tanto, hay que comenzar la acción. Sin embargo, el ser humano se comporta sin descanso. Desde que se levanta un día hasta que vuelve a levantarse al día siguiente no ha parado de hacer cosas, incluyendo dormir sobre una cama o permanecer durante horas sentado frente a un televisor. La pregunta deber ser reformulada: lo relevante es preguntarse *¿qué estoy haciendo?* Es más, hay que seguir con *¿Qué tipo de mundo*

estoy construyendo con mis acciones y omisiones? ¿Es ese proyecto el que deseo impulsar?

Tenemos poder. Cada persona, como individuo y como parte de una comunidad, es una persona con poder. No importa si es mucho o poco. Existe. Los partidos políticos se pelean por nuestro voto. Las empresas se pelean por nuestro dinero. Los medios de comunicación se pelean por nuestra atención. Esa lucha encarnizada demuestra que, fuera de toda duda, tenemos poder. Volvamos a reformular la pregunta. No es el deprimente e inmovilizante *¿Qué se puede hacer?* sino el esperanzador *¿Dónde coloco mi poder?* ¿Dónde lo estoy poniendo? ¿En qué proyecto de mundo voy a colaborar con mi mucho o poco poder que indudablemente poseo?

Número

“Somos pocos” o “somos siempre los mismos” son dos de las versiones del mismo pensamiento desesperante. Y no es cierto. Pero si lo fuera, tampoco señalaría un problema.

Mi experiencia señala que nuestro problema es más de comunicación, de conciencia o conocimiento que de número. En cada rincón donde he tenido la dicha de poner mis pies he encontrado personas comprometidas con el destino del planeta y de la gente que lo habita o lo habitará. Al rasgar un poco las posibilidades, aparecen por todos sitios. Os pondré un ejemplo del entorno universitario.

En 2002 un amigo y yo pusimos en marcha una idea. Él es profesor en economía y yo en investigación en psicología. Decidimos poner en marcha una asignatura que incentivara el pensamiento crítico de los estudiantes a través de las posibilidades de acción de cada disciplina. El objetivo procedimental era que miembros del profesorado de diferentes titulaciones explicara y ejemplificara el compromiso social de su disciplina, las cosas que se podían hacer, que se estaban haciendo y que se ponían en marcha. Éramos sólo dos personas. Conocíamos

algunas más, especialmente en nuestras disciplinas: economía y psicología. Pero teníamos esperanza de encontrar a alguien. Mediante el teléfono, el cara a cara y el correo electrónico fuimos encontrando mucha gente en el camino. El perfil era siempre el mismo: personas que llevaban años trabajando para promover espíritu crítico y para favorecer que el conocimiento que genera la universidad tuviera una aplicación social directa, especialmente beneficiosa para los sectores de la población sistemáticamente olvidados. Eran personas que tenían un pie en la universidad y otro en movimientos sociales. Y prácticamente todas pensaban lo mismo: estaban solas, realizaban su trabajo como un islote imperceptible perdido en la inmensidad del océano universitario. Cada vez que conectábamos con una de ellas, nos decía “¿Cómo? ¿Hay más gente haciendo esto o soñando con esto?” En sólo dos meses reunimos un centenar de miembros del profesorado provenientes de psicología, economía, arquitectura, pedagogía, medicina, sociología, matemáticas, física, biología, agronomía, ingeniería, informática, periodismo, comunicación, derecho, filosofía... Nunca habíamos sido realmente pocos, pero sí estábamos incomunicados, no conocíamos la existencia del resto.

No he estado en muchos sitios. Pero cada barrio, universidad, ciudad, región, institución o país que visito rebosa personas implicadas en la lucha por conseguir un mundo mejor. Lo hace a su manera, en su pequeño contexto local, en su frente concreto de lucha e invariablemente desde la sensación de que el número es pequeño.

Pero ¿y si realmente somos poca gente quienes nos codeamos, quienes coincidimos en un frente y coordinamos acciones? ¡Estupendo!

Repasemos el sentido histórico de las grandes instituciones como la Iglesia, los partidos políticos o la universidad. En su origen habitó una idea o un objetivo que reunió a mucha gente. Conforme el número crecía lo hacía también la necesidad de organizarse. Se puso en marcha una estructura. Ésta aumentaba en complejidad y volumen con

el tiempo. Llegó un momento en que la organización consideraba a personas expertas en la estructura. Terminaron siendo las líderes del movimiento. El objetivo original quedó un buen día oscurecido, tapado en buena parte o en su totalidad por el nuevo afán: mantener la estructura, garantizar la supervivencia de la organización y, si es posible, hacerla crecer. Iglesia, partidos políticos o universidad son hoy instituciones que dedican la parte más sobresaliente de su energía a sí mismas. Es lo que Federico Aguilera (2005) denomina la *función ceremonial* de una organización, frente a la *función instrumental*, que es la que justifica teóricamente su existencia. ¿Es eso lo que queremos para nuestro movimiento? Si todavía pensamos en un mundo mejor es porque en nuestro ámbito geográfico local y de objetivos de lucha concretos todavía somos pocos. ¡Aprovechemos esta oportunidad ¡No la echemos a perder compartiendo el objetivo empresarial del crecimiento!

Para dar forma a ese mundo digno de ser habitado, la situación ideal es la de una infinidad de pequeñas células de movimiento. Cuatro o seis personas no se pueden ocultar entre sí. Son un grupo de acción autónomo. Toman decisiones y las llevan a cabo. El mundo al completo es un bocado demasiado inmenso para ser abarcado y digerido. Pero el planeta está lleno de esas pequeñas células. Nuestro objetivo es incentivar que aparezcan y, muy importante, que se conecten entre sí. Lo ideal es que muchos pequeños grupos autónomos se comuniquen, compartan frentes, objetivos, acciones, información, utopías... pero sin anularse. El día en que un grupo pequeño se hace grande es el primer día de su muerte: los niveles de implicación individual decrecen, se requiere una junta directiva o similar, se establecen funciones que tienen únicamente sentido como medidas de organización interna, se anquilosan las acciones, se pierde la capacidad de reacción ágil, se burocratiza, crea dependencia de las administraciones, de los recursos económicos, pierde imaginación y capacidad de riesgo, pierde la ilusión y el objetivo... Se nos ha metido en el cuerpo el virus del progreso como crecimiento. En la lucha por un mundo mejor, crecer es morir. Hay que mantener reducido el tamaño de los grupos de conocimiento,

decisión y acción, al mismo tiempo que hay que robustecer y extender la intercomunicación entre grupos. Ya sabes: "lo bueno, si breve, dos veces bueno". Ser pequeño es una grandeza.

Eficacia

Tal vez el pensamiento más frustrante que atenaza a millones de personas que se mueven en el mundo es la sensación de que no se está consiguiendo nada. Y es mentira, literalmente mentira. En pocas palabras: todo lo bueno que gozamos hoy, lo precioso que posee el mundo que vivimos se debe a la eficacia de las personas que se han movido antes que nosotras. Pensemos, por ejemplo, en la igualdad de género. Queda mucho, muchísimo por conseguir. Pero reconozcamos cuánto hemos vencido ya. Esa cultura de la igualdad que caracteriza a cada vez más sectores y rincones del planeta no ha sido gratis. Se ha nutrido del trabajo e incluso de la sangre de miles de personas que ya no están compartiendo el planeta con nosotras, pero que nos dejaron su precioso legado. Si pensamos que este mundo es una injusticia, reconozcamos lo mucho de positivo que realmente contiene y el papel de las generaciones precedentes, de la gente luchadora que lo ha hecho posible, tal vez desde la sensación de que no estaban consiguiendo nada.

Otro ejemplo: las movilizaciones planetarias en contra de la invasión de Irak que tambalearon la concepción sobre las luchas ciudadanas en 2002. Mucha gente dice "no se consiguió nada, la guerra tuvo lugar". No es cierto. Primero, LA guerra no tuvo lugar, ocurrió OTRA. La politización (en su buen sentido) de la invasión, la energía puesta en juego por la ciudadanía planetaria, la incombustible actividad de millones de personas consiguió que la guerra fuera distinta, que los gobiernos de Reino Unido y especialmente de Estados Unidos implicaran un gran esfuerzo en hacer unas cosas en lugar de otras, y que, preocupados por la opinión pública, descuidaran frentes como el de América Latina, donde al calor de esa polémica internacional continua han florecido gobiernos que no habrían tenido lugar si la

ciudadanía planetaria se hubiera quedado en casa en lugar de tomar las calles. El mundo sería menos digno hoy sin esa movilización histórica. Y, segundo, en el seno de las movilizaciones se gestaron acciones y movimientos que están teniendo lugar y que han tenido lugar. Se pusieron en marcha colectivos que hoy trabajan por un mundo mejor. Se crearon periódicos alternativos, se iniciaron en el compromiso social miles de jóvenes, nacieron colectivos ciudadanos... Incluso se pusieron en marcha empresas como *Somos 51*, una iniciativa fraguada en las manifestaciones de No a la Guerra en Barcelona. Comercializan productos, el 51% de los beneficios lo dedican a proyectos de cooperación que votan los consumidores y ayudan a otras personas a extender la idea ¡haciéndoles la competencia!

Acciones

Para terminar y alimentándome de vuestras sugerencias, comentarios, experiencias y dudas, creo que es buen momento para plantear acciones y perspectivas de acción más concretas, orientadas a responder a la pregunta anterior, ¿qué se puede hacer?, con el objetivo de promover justicia social desde el anhelo de una sociedad con igualdad de poder-hacer autónomo relevante. Algunos de estos aspectos ya los he mencionado. Pero los rescato ahora con estilo breve.

Pequeños grupos interconectados

Promover el asociacionismo, el contacto de unas personas con otras bajo el paraguas del compromiso social. Es reunir a personas con inquietudes por aprender qué pasa, por qué pasa y qué haremos con respecto a la visión de un mundo real y la ilusión de un mundo mejor. Pero asociarnos en núcleos de pocas personas, sin jerarquías ni especialización extrema, procurando una horizontalidad absoluta. Todas las personas del grupo son importantes y asumen los objetivos como los suyos propios. Se implican y sienten su trascendencia.

Estos muchos pequeños grupos deberían mantener un estrecho contacto entre sí, confiando en las sinergias y desconfiando de las burocracias. Es necesario compartir medios ágiles de comunicación, como páginas con calendarios de actividades, textos breves bien fundamentados y actuales que añadan luz sobre los interrogantes planteados (qué pasa, por qué pasa y qué haremos). Es necesario practicar la solidaridad intergrupal, sintiendo como propios los problemas y objetivos del resto.

Percibir el poder

Sentir poder ya es tener poder. La conciencia de personas poderosas nos hace poderosas, porque genera esperanza, valentía, fuerza y acción. Es importante repetirnos que podemos, creer que podemos, porque entonces podremos. Pero del mismo modo también es fundamental practicar la utopía: saber soñar en horizontes que si bien no existen vendrán de nuestra mano. Una cosa es el poder y otra la omnipotencia. Traspasar la frontera de la utopía y entrar en lo imposible es sembrar la muerte del movimiento.

Sentir y aceptar la caducidad

Todo movimiento debería dar sus primeros pasos sabiendo que tal vez sean los últimos y aceptando este destino inevitable. El objetivo es el mundo mejor, un mundo ético al que se llega transitando caminos éticos. El resto es prescindible. Si tomamos mucho cariño a nuestro movimiento, a nuestra organización, sin darnos cuenta estaremos sacrificando el objetivo a cambio de la supervivencia del invento. Para no perder el horizonte es importante repetir que la iniciativa, la idea, el movimiento, la organización, la estructura son herramientas, instrumentos, medios, pero no el fin.

Análisis sistemático desde los componentes del poder-hacer

El análisis de nuestras acciones desde el esquema de oportunidades-capacidades es muy útil y permite vislumbrar posibilidades difícilmente accesibles desde otros puntos de partida. Sugiero plantear tres preguntas básicas tras cada período de tiempo establecido o tras cada acción relevante: ¿Qué pudimos? ¿Qué podemos? ¿Qué podremos?

Esta reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro en términos de poder se establece tanto en positivo como en negativo (por ejemplo, ¿qué no pudimos conseguir?). El siguiente estadio es identificar las oportunidades, las capacidades o las combinaciones de ambas que llevaron, están llevando o llevarán a ese resultado. Así, por ejemplo, un grupo de acción puede concluir que necesita capacitarse primero en unas habilidades o competencias concretas antes de aprovechar determinadas oportunidades existentes para plantearse una acción futura, es decir, *para poder conseguir un objetivo*.

Practicar la horizontalidad por principio

No se puede arar la tierra desde un avión. El trabajo se hace a pie de calle, en el suelo. El suelo puede ser un campo, una acera, una fábrica, un aula de instituto, una biblioteca, un plató de televisión... Cierto que las personas somos felizmente diferentes y que poseemos capacidades distintas. Esta circunstancia es un valor para el trabajo en grupo. Pero ninguna capacidad puede ser valorada por encima de ninguna otra. Todo el mundo es necesario con la misma contundencia con que es prescindible. El tiempo no termina nunca. Lo que hoy es juzgado como un éxito mañana puede verse como fracaso. Si hoy pensamos que es preferible prescindir de alguien o relegarle a un papel subalterno, o abandonarse a los brazos de un líder porque vamos más rápido hacia una meta, mañana podremos pensar que hubiera sido mejor tomar otro camino o ir más despacio. En esta discutible volatilidad, es importante trabajar con plena conciencia de estar entre

iguales, practicar la igualdad de poder haciéndonos igualmente poderosas ya desde los mismos grupos de acción.

Vale gritar NO, pero no quedarse en ello

Algunas injusticias dañan en tal grado la condición humana que ante ellas hay que gritar NO primero y pensar después. La velocidad y la contundencia en la respuesta son un valor en muchas acciones. Gritamos NO al poder de una personas para exterminar a otras, para someterlas, para dominarlas. Gritamos NO ante el veloz expolio de las riquezas naturales de una región. Es urgente y necesario. Pero también insuficiente.

La conducta de oposición llega a convertirse en hábito. Es importante reconocer que los líderes políticos y empresariales, como los responsables de más alto nivel de los medios de comunicación, son sobre todo esclavos. Se encuentran sometidos a mayores y más mordaces ataduras que las que nos oprimen. Más que poseedores de poder son gestores del mismo. Lo habitual en muchos altos cargos es el síndrome del cajero de banco: ve pasar por sus manos cientos de billetes cada día, pero ninguno de ellos le pertenecen, se limita a realizar su trabajo según los patrones previamente establecidos.

A los esclavos del poder del mercado, del poder político y del poder mediático les afecta un estrés y una ignorancia que se alimentan mutuamente. El director de un diario no puede conocer todo lo que pasa, no puede seleccionar todo bajo un prisma crítico. Se limita a organizar un periódico que ha de salir todos los días, alimentándose de agencias estándares, con noticias estándares y decisiones estándares. Al director del periódico le hacemos un gran favor si le suministramos una noticia con sus criterios de veracidad. Al político le salvamos la vida si le gritamos NO a la opción H mientras que le suministramos un plan alternativo al nivel más concreto posible.

Un ejemplo más de Sevilla. En los alrededores de la capital se encuentra una pequeña meseta denominada El Aljarafe, por la que bajan y suben cientos de personas cada día en horas punta y sufriendo atascos interminables. La administración diseña y da luz verde a una nueva autovía. Un grupo de ecologistas observa que el trazado daña el patrimonio natural. Se ponen a trabajar. Finalmente presentan a la administración una denuncia por su decisión y un plan alternativo. Tras ser estudiado y defendido, es el plan de los ecologistas lo que se llevará a cabo. Si estos grupos de acción se hubieran limitado a gritar NO, el resultado de su acción se mediría en términos de mayor estrés para los responsables políticos que tomarían su decisión en términos matemáticos: ¿los ecologistas o quienes se mueven en coche, que son más? El ejemplo podría ser muy discutido (¿qué hacen unos ecologistas trazando autovías?), pero sirve para lo que estoy abordando: las alternativas no sólo son un ejercicio de responsabilidad sino que incrementan la probabilidad de éxito y son más consecuentes con la idea de demostrar que es posible otra forma de hacer las cosas.

En ello recupero la idea inicial: hay urgencias que no permiten el lujo de la elaboración y defensa de alternativas. Aunque éstas existan, lo prioritario en tales situaciones es la oposición dura y pura, con uñas y dientes y con la más profunda convicción. Pero no extendamos la idea a todo contexto. Sabemos que no es real.

La lucha es una actitud

Cuando un grupo de personas pone toda su ilusión y sus esperanzas en un frente y lo pierden, quedan sin ilusión y sin esperanzas. El objetivo es la construcción de un mundo mejor. Del mismo modo que las generaciones que nos precedieron no disfrutaron ese mundo, tampoco va a pasarle a la nuestra. Sembramos pequeños logros visibles a medio plazo y grandes esperanzas para un futuro que en su mayoría nos será opaco. Lo nuestro no es la prisa por resultados visibles que permitan ser votados en las próximas elecciones, vender

más nuestro producto o incrementar nuestra audiencia. Ya hay gente que se dedica a ello y observamos que el resultado es la permanencia de los problemas eternos de hambre, guerra, dominación... Somos sembradores del mundo que no veremos. Es una gran responsabilidad. Y sólo es viable construyendo una actitud de lucha. Es decir, luchar no es una herramienta pasajera para un objetivo temporal, es *una actitud*, es un estilo de vida, una forma de estar en el mundo.

Gracias a la actitud de lucha, cuando uno se cae, vuelve a ponerse en pie, puesto que estar de pie es lo que sabe y quiere hacer, es su proyecto para caminar por esta existencia.

Prescindir de los autojuicios lapidantes

Observo que está muy instalada la desesperanza mediante el instrumento de juicios severos. Para ser justos hemos de asumir que no tenemos información suficiente para evaluar las consecuencias últimas de nuestros actos. Existe el efecto mariposa, existe la complejidad, vivimos en un mundo de incertidumbres inevitables. Y si no podemos garantizar en extremo si hemos fracasado o tenido éxito, no nos juzguemos con severidad. La garantía es el método. Hemos de creer que estamos construyendo un mundo ético si transitamos caminos éticos, es decir, coherentes con la promoción de la dignidad, de la convivencia felicitante y con sentido de personas y planeta. Si es ese el camino que estamos construyendo caminándolo, vamos bien. Dejemos que sea el tiempo quien juzgue y rejujgue. Nosotros y nosotras, a caminar.

Modelo Holanda

La historia de los Países Bajos puede verse como una batalla continua con el mar. A lo largo de los siglos, su pueblo ha luchado contra las aguas, ganando terreno al océano. La tierra va aflorando poco a poco, siendo sembrada y aprovechada. De vez en cuando hay retrocesos y el

mar gana terreno, pero vuelve a retroceder en un vaivén que muestra la victoria pausada de la tierra.

No podemos tener prisa. Atragantarse con grandes objetivos inmediatos es fabricar frustración y perder, con ello, conciencia de poder.

Lo real se cuece en lo simbólico

Tener razón es como no tener nada. Las personas funcionamos cada vez menos por la experiencia directa con lo material y nos dedicamos a manejar símbolos. La persuasión es efectiva porque funciona en la dimensión de los símbolos. Es esa estructura de significados lo que explica por qué somos capaces de pagar mucho más por una prenda de ropa si tiene cosido el logo de una marca determinada. Seguimos a un equipo de fútbol, nos hace llorar una bandera, nos expresamos mediante la estética de la ropa o la decoración del hogar, damos valor a determinadas celebraciones... Nadamos en un océano de símbolos, de conceptos, de significados mediante los que nos movemos por el mundo, lo interpretamos y ejercemos nuestra influencia.

Los conceptos ayudan y dificultan en el camino del poder. El concepto de huella ecológica, por ejemplo, se puso en marcha para favorecer no sólo conciencia planetaria sino una unidad de medida que permita establecer estrategias gubernamentales e individuales de mayor respeto por nuestro mundo (Cano, 2004). La idea es buena. La huella ecológica es la cantidad de terreno que se necesita para mantener un determinado modo de vida, estilo de consumo, forma de estar en el mundo consumiendo recursos (Wakernagel y Rees, 1996). Las personas podemos plantear comportarnos de tal forma que nuestra huella ecológica sea mínima. Los gobiernos pueden gestionar el Estado con el mismo objetivo. A su vez, la huella ecológica es una buena oportunidad para observar desigualdades planetarias. Así, por ejemplo, sabemos que Afganistán tiene una huella media de 0,1 hectáreas (una hectárea viene a ser la extensión que ocupa un campo

de fútbol) mientras que EEUU muestra una huella media de 9,6 hectáreas (WWF, 2006). No obstante, el concepto ha llegado a estar prostituido. Finalmente se está afianzando en la versión más reducida posible: se abandona la información que muestra las desigualdades, se ignora la responsabilidad de los gobiernos, se rodea la que se debe a las organizaciones empresariales y todo se descarga en el individuo. Aún es peor: cada persona, presentada como única responsable de la huella ecológica, puede sentirse satisfecha de respetar al planeta si reduce su aportación a labores de reciclado, es decir, a separar la basura por tipos.

La huella ecológica es uno de los muchos ejemplos que podría mostrar para observar la trascendencia de la batalla de símbolos en la que nos encontramos. Se está prostituyendo y anulando. Al ser conscientes de su verdadero significado, la coherencia llama a la acción más extensa, incluso al trabajo colectivo para presionar a los gobiernos y a las empresas en la disminución de la huella ecológica grupal, comunitaria o colectiva.

El trabajo en comunidad permite identificar los conceptos más potentes, los significados que están siendo prostituidos, los símbolos que nos esclavizan en lugar de liberarnos. Sin prestar atención a esta importante dimensión, la lucha se encuentra en peligro, en una zona difusa donde puede terminar trabajando para lo contrario de lo que deseáramos. La única solución es plantear la autodisciplina de no perder de vista el origen de los conceptos que manejamos o nos manejan, de dónde vienen y hacia dónde van o vamos con ellos. Es en este sentido por el que he puesto tanto énfasis en reconceptualizar el poder, para transformarlo en un concepto que mueve en lugar de inmovilizar, que llama a la comunidad en lugar de al aislamiento y que llena de esperanza en lugar de resignación.

Por último o para seguir

Este documento tiene vocación de continuidad colectiva. Es un estímulo para repensar las actividades y las pasividades cotidianas, especialmente en el contexto de grupos y colectivos. Mi intención era exponer con brevedad y claridad ideas y propuestas para colaborar en la construcción de un mundo mejor que éste, centrándome en herramientas conceptuales que observo útiles y reactivantes. Creo sinceramente que leerlo y comentarlo en grupo es una práctica que puede generar beneficios insospechados. Hacen falta nuevos conceptos y nuevas energías. Y siento que nos acercamos, que la Sociedad de Potentes ha llegado ya al rango esperanzador de ser utopía, abandonando el mundo de los sueños imposibles.

Gracias por participar en ello. Nos vemos en el camino.

Referencias

- Aguilera, Federico (2005) *Los mercados de agua en Tenerife*. Bilbao: Bakeaz.
- Álvarez, José L. y Svejnova, Silviya (2003) *La gestión del poder. Breviario de poder, influencia y ética para ejecutivos*. Barcelona: Ediciones Granica.
- Blanco, Amalio y Díaz, Dario (2005) El bienestar social: su concepto y medición. *Psicothema*, 17 (4) 582-589.
- Cano, Antonio (2004) *Economía y sostenibilidad en las grandes aglomeraciones urbanas*. Sevilla: Sevilla Global.
- Cavazza, N. (1999) *Comunicación y persuasión*. Madrid: Acento Editorial.
- Holloway, John (2002) *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Barcelona: El viejo topo.
- Nozick, Robert (1988) *Anarquía, Estado y Utopía*. México: Fondo de Cultura Económica. [Original en inglés de 1974]
- Wakernagel, M. y Rees, W.E. (1996) *Our Ecological Footprint. Reducing Human Impact on the Earth*. Gabriola Island (Canadá): New Society Publishers.
- WWF (2006) *Living Planet Report*. Gland (Suiza): WWF International. Tomado de www.panda.org/livingplanet